en infinito entender y en infinito gozar. Dios todo es inteligencia y omnipotencia. Dios es el Bien infinito y creador de todo bien.

142.—Dios es el Ser infinito en infinito entender y obrar. Sólo Dios puede entender total y simultáneamente su Ser infinito y sus infinitas perfecciones. Todo lo tiene presente, actual, en infinito gozo. Todo lo ha tenido y lo tendrá siempre presente. Todos estamos y están todos los seres posibles presentes en Dios. El entendimiento divino, entendiéndose a Sí mismo, engendra la Sabiduría infinita, en la cual todo lo ve y realiza; todo lo crea y conserva. El entendimiento que entiende y el entendimiento entendido es la misma naturaleza y la misma esencia. El entendimiento entendido es el Verbo Eterno, la palabra eternamente engendrada. El entendimiento que entiende es el Padre y el entendido es el Hijo y es la Sabiduría infinita.

El acto siempre ininterrumpido de entender y ser entendido eterna e infinitamente produce un Gozo infinito en Amor infinito y eterno: el Espíritu Santo. Esta es la Vida y el obrar eterno de Dios. Una sola esencia infinita, simplicísima y tres personas divinas. El entendimiento eternamente se ha entendido, y eternamente ha producido el infinito gozo y amor, y eternamente se entenderá y amará.

Sólo Dios puede entender totalmente su Ser y sus perfecciones. Se entiende y las entiende todas en

un acto continuo de gozo infinito. Dios no puede gozar más, ni puede pensar un gozo que ya no tenga. Goza el gozo infinito. Porque Dios y su obrar es espiritual, no necesita lugar para existir, existe en Sí mismo. Su ser es su existir. Porque es acto simplicísimo, su existir es su entender y su gozar, y porque es simplicísimo, es indivisible y está todo total en todas partes y en todo cuanto existe. Dios ha creado todas las cosas y las conserva y está continua e ininterrumpidamente presente en ellas por esencia, presencia y potencia; está dando el ser y las propiedades que tienen y conservándolas y gobernándolas; Dios está más íntimo en los seres, y en mi alma, y en mis potencias, que yo a mí mismo. Yo no conozco mi constitutivo ni mi ser. Dios ha hecho mi organismo, ha creado mi alma y me conserva la salud. Dios sí me conoce.

Dios no es materia, por muy maravillosa y bella que me parezca. La materia es compuesta, y muerta y limitada. Dios no es cuerpo, por muy sutil que le considere. Dios no tiene partes; sería divisible si las tuviera. Dios es acto purísimo, simplicísimo. Espíritu infinito en todo bien y por eso sin límites en todo bien. No sólo es bueno y sabio; es la Bondad y la Sabiduría misma; es la Luz espiritual y la armonía increada.

Dios no tiene memoria, ni imaginación, ni discurso, porque aun cuando son perfecciones del hombre, encierran en sí imperfección, y deficiencia,

y trabajo. Dios tiene presente en Sí mismo todo lo posible. Lo está viendo, entendiendo y gobernando y da existencia y vida a todo lo que ha creado o quiere crear y todo en un mismo acto infinito en poder. Dios no tiene que recordar lo pasado ni estudiar o esperar lo por venir, pues en Dios está todo lo actual, vivo. Dios es la eternidad. Está viendo no sólo cuanto existe, sino cuanto ha de crear y cuanto es posible y nunca existirá, porque no querrá crearlo[15].

Dios ha dado todas las perfecciones a todos los seres, y Él las tiene no materiales ni limitadas, sino de un modo perfectísimo y más alto: de modo eminente. Porque lo tiene todo presente, no necesita recordar nada. Tiene presentes todos los pensamientos, amores y deseos de todos los hombres y de todos los ángeles. De Dios reciben todos la vida y el obrar, como reciben y conservan la existencia. En Dios está todo vivo, *porque Dios es la vida*[16] y en Dios todo es vida, vida indeficiente, actual. Dios es la vida infinita, actual, sin sombra de muerte ni deficiencia alguna.

Y por eso Dios es la eternidad gloriosa y feliz. Sólo Dios es la eternidad, pues *eternidad es la actual y perfecta posesión simultánea de todos los bienes posibles, en gozo infinito, sin que pueda tener cabida sombra*

15. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*, lect. med. IX, núm. 141.
16. Joan., I, Epst. 5, 20.

alguna de mal, de hastío, de cansancio o de olvido[17]. Y el gozo es un bien muy amado. Dios es la exaltación jubilosa de la verdad y del gozo infinito sin merma posible. Para Dios, Verdad infinita y Creador de todo, no puede haber sorpresas ni imprevistos. En Dios todo es una continua, perfectísima y gozosísima renovación.

143.—Gózate, alma mía, en repetir: Dios es el Bien infinito y la perfección infinita. Sólo Dios puede comprenderse totalmente a Sí mismo. Dios es un ser tan perfecto en todo Bien, que no ya el entendimiento creado de los mismos querubines, pero ni el mismo entendimiento infinito de Dios puede pensar algo mejor o algún bien o gozo que no haya tenido presente y gozado o no tenga y tendrá y gozará siempre. Dios es el infinito e inacabable deleite.

Nada vale la agudeza del entendimiento natural para ver a Dios. Se le ve en la tierra con la oscuridad de la fe y no entendiendo, sino creyendo, y en el no saber y bien obrar y amar superando toda ciencia. Porque

> Este saber no sabiendo
> es de tan alto poder,
> que los sabios arguyendo
> jamás le pueden vencer;

17. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* lect. med. IX num. 135, y X, núm. 155.

que no llega su saber
a no entender entendiendo
toda ciencia trascendiendo[18].

Es el *no saber sabiendo, toda ciencia trascendiendo* por la iluminación que Dios pone en el alma en la tierra por gracia y por fe y en el cielo por *la Luz de gloria que da la visión directa de la esencia de Dios.*

Con la Luz de gloria, con la Visión de su esencia, Dios se muestra al bienaventurado y abre las compuertas de los embalsados torrentes de dicha, de luz, de verdad y de gozo, envolviendo al alma feliz y deliciosísimamente en hirvientes cataratas de exuberante e incontenible júbilo o, como inmensas fulguraciones solares, envuelve al alma en brillantísimas, ardentísimas y suavísimas delicias en arrobo de la luz y del gozo de la verdad y de la Bondad y Hermosura.

Con la Luz de gloria quedará mi alma envuelta y saturada en este Bien y gozo infinito, no como algo fuera lejano o cercano, sino hecha Verdad y Hermosura y delicia y vida en la misma Vida de Dios, en la misma gloria y felicidad de Dios; no es un pensamiento que se tiene o una imaginación de lo ausente, sino que se ve a sí misma dentro de Dios glorioso, viviendo su misma vida gloriosa, su misma delicia y demás perfecciones, y esto ya para

18. San Juan de la Cruz: *Poesías. Éxtasis de alta contemplación.*

siempre. *Estaré envuelto y bebiendo del torrente de tus delicias*[19], *que Tú, Dios mío,* has preparado en tu Bondad para colmar de tus bondades a tus elegidos.

¡Oh torrentes de divinos deleites y fulguraciones de desbordada exaltación en el júbilo del mismo Dios! Tu recuerdo ya en este momento me inunda de gozo y quiero tenerte presente en mi memoria. Ya para siempre quedaré sumergido en vuestros gozos. Mi alma quedará hecha llama de su llama y luz de su luz y aspirando la fragancia de la Verdad divina. Mi mirada ya no se apartará de tu hermosura, y tú serás mi vida. Ya para siempre me regocijaré en el éxtasis eterno de admiración y alabanza a Ti, Dios mío, que llenas todo mi ser de dicha y de gloria. Gózate, alma mía, y alaba también ahora a Dios, infinito Bien, porque siempre estarás viviendo su misma vida gloriosa y sus mismos gozos. Para siempre ya Dios y la vida y los gozos de Dios serán tu vida y tus gozos. Ya para siempre serás dichosa.

Porque el bienaventurado, con la *visión de Dios,* vive y goza y posee a Dios como vida propia suya gloriosísima. Al estar mi alma hecha una misma cosa y una misma vida con Dios, poseeré y gozaré en Dios del poder, del saber y del gozar de Dios con una gloria y una perfección que ahora no puedo comprender y menos sentir. El entender en el cielo es vivir y es gozar. Y todo lo veré y poseeré junto y

19. Salmo 35, 9.

distinto en la Sabiduría Eterna de Dios, en la Persona de Jesucristo, el Verbo divino, en el Ser de Dios. La vida gloriosa de Dios es vida mía, y su felicidad y su gozo son míos, y serán tan delicados e intensos como sea la luz de gloria que me haya comunicado, y la luz de gloria que da la visión de Dios será en proporción de la gracia y del amor y de las virtudes mías. Parece imposible hasta de soñarlo, pero Dios hace al alma vida suya y da su vida al bienaventurado.

Ahora veo un objeto, comprendo una verdad, discurro sobre la felicidad y todo está fuera de mí en su realidad y puedo estar sufriendo. La visión de Dios pone al alma en estado actual permanente de divinización o endiosamiento glorioso. Mi alma, como espero, será hecha dios glorioso por participación. La vida gloriosa de Dios será también la vida del bienaventurado, la que viviré yo; y como en Dios infinito no cabe más gloria de la infinita que tiene, también mi alma será satisfecha y quedará colmada de gloria la capacidad que yo hice en la tierra con la vida de amor y virtudes.

144.—El bienaventurado convive con Dios en el cielo. Pero esta convivencia no es como la que tenemos en la tierra. Vivimos los hombres unos con otros en una nación, en una ciudad, en una misma familia o en una Orden religiosa; nos tratamos, nos conocemos y amamos. Convivimos. Es una convi-

vencia externa, de contacto y ayuda, con la misma aspiración o con aspiración diferente o contraria. Por íntima que sea la convivencia, no se vive en el ser del otro ni aun se ven los pensamientos e intenciones. A veces se convive y dista mucho de vivirse en la compenetración ni en el mutuo amor y mutua complacencia.

La convivencia de Dios con el bienaventurado y del bienaventurado con Dios es perfecta e íntima. Se ve y se vive la esencia íntima. Es identificación del entendimiento y de la voluntad en el querer, en el amar y en el entender. El entendimiento y la voluntad del bienaventurado están totalmente en Dios y Dios llena de su amor y de su verdad y de su querer al alma, siendo uno solo el querer del alma y el querer de Dios, como es uno solo el gozo. Dios ilumina y llena al alma de Sí mismo y la comunica su vida. Es compenetración de la sustancia del alma en la sustancia de Dios. El alma vive la vida de Dios y vive para Dios compenetrada con Dios y hecha Dios por participación. Ve y entiende en la Sabiduría eterna, que es la misma verdad, en el Verbo eterno, en la Persona de Jesucristo y ama en el Amor increado, hecha un Amor con el Espíritu Santo. Es una misma vida la que tiene el alma con la de Dios, unión directa de la sustancia sobrenatural de Dios con el alma, e identificación en el entender, en el amar y en el gozar. El alma vive en Dios y vive la vida misma de Dios.

En la tierra Dios está presente en todas las cosas por esencia, presencia y potencia, y más íntimo a ellas que ellas a sí mismas. Pero deja libre la voluntad de cada uno, voluntad que no siempre ni todos ponemos en Dios, sino, a veces, contra Dios. Yo estoy en Dios y Dios está en mí. Dios quiere unirse conmigo en unión de amor, como nos quiere hacer a todos santos, y no puede unirse en amor ni santificarnos porque son pocos los que de verdad se unen a Dios en el querer y obrar.

En el cielo mi alma estará en Dios, vivirá la misma vida de Dios, amará con su mismo amor y entenderá con su entender gloriosísimo. Me veré todo yo lleno de la dicha y delicia de Dios, sumergido y como anegado en su misma dicha y delicia, y su gozo será mío y mi gozo será todo de Dios y para Dios. Estaré compenetrado y viviendo el mismo amor de Dios, y es amor gloriosísimo y lo estará viendo mi entendimiento lleno de gozo; ya no quiero ni salirme de Dios ni dejar de verle y gozarme en Él.

Soy feliz hecho amor glorioso con el de Dios.

Si aun viviendo en la tierra Dios dijo a muchos santos mostrándoles su unión de amor: *Yo soy tú y tú eres Yo,* y se sentían transportados de alegría, ¿cómo será la alegría y júbilo de esa unión tan íntima, tan inefable y gloriosa del cielo? ¿Qué sentirá el alma al verse viviendo esta vida de Dios y el gozo infinito de Dios? ¿Qué sentirá al verse hecha una

luz, y una hermosura con la luz y la hermosura de Dios y entendiendo y amando en su entender y amar? ¿Cómo ha de poder dejar de querer estar en Dios o querer mirar a otra luz o hermosura fuera de la de Dios? Ni quiere ni puede dejar de estar en la vida y verdad de Dios y hecha un querer y un amor con Dios y para siempre porque está en su fin último, porque en Dios lo tiene y lo ve y lo goza todo. Porque nada puede desear o anhelar que no lo tenga ya en Dios e inmensamente más que deseaba y con más alborozado júbilo. Está y vive en la exaltación de la felicidad y en la más exuberante admiración y alabanza. Está anegada bebiendo en los torrentes de delicias del cielo. Dios la mira con amor y envuelve en divina dulzura, dándola continuamente su misma vida, y la muestra sus tesoros infinitos, que son su esencia y sus perfecciones infinitas, y esto ya sin interrupción y para siempre. Es la exaltación perpetua de la admiración y alabanza en el mayor júbilo. Es la felicidad perfecta y sobrenatural.

En esta convivencia de comunicación que Dios hace al alma queda el entendimiento lleno y satisfecho y saturado del vivir glorioso de Dios y de su entender y la voluntad hecha una con la de Dios e hirviendo toda en el gozo de Dios y saciados y cumplidos con exceso todos sus deseos. Está el alma en su mayor actividad de entender y de amar, llena de delicia divina en toda su capacidad inmensa natural y en la sobrenatural, agrandada por la luz de gloria

y viviendo la actividad gozosa del perpetuo éxtasis de la dicha y de la exaltada delicia. Vive lo que nunca pudo imaginar ni aun desear; vive la misma vida gloriosa y feliz de Dios y en el mismo Dios. Dios la ha hecho luz de su misma luz divina y está rebosando e irradiando alegría. Su morada permanente es la esencia del mismo Dios. Su vida, como su gozo, la misma vida gloriosa de Dios.

¡Venturosa de ti, alma bienaventurada, que llegaste ya a vivir tu fin en la vida y perfección del mismo Dios! Ya no podrás perderla ni podrá nadie quitártela. Para siempre serás feliz en Dios. ¡Oh venturosa dicha!

CAPÍTULO XXIV

En la gloria Dios muestra al alma sus tesoros divinos

145.—En silencio y retirado medité y admiré las grandezas y bellezas que el amado religioso me había enseñado. En mi espíritu se despertaron ideas nuevas e insospechadas, llenando mi alma de contento y poniéndome nuevos deseos de conocer mejor estas bellezas.

Impulsado por estos deseos, volví, en cuanto me fue posible, a estar con el mismo religioso, y encontrándole tan apacible, tan manso, tan santo, le dije confiado, casi sin poderme contener:

—Me ha llenado de entusiasmo y de luz cuanto me dijo del cielo, y vengo otra vez a suplicarle que continúe comunicándome su enseñanza. ¡Qué pequeño y pobre concepto tenía yo del cielo y de lo que en el cielo veremos, gozaremos y será nuestra perpetua felicidad! Formaba yo la idea de un cielo

ciertamente de ilusión y de alegría, pero un poco a esta manera humana y al modo del disfrute noble de lo que en la tierra añoramos.

Nunca me hubiera podido figurar estas maravillas sobrenaturales ni esta atmósfera de luz de gloria, de vida totalmente nueva, de alegrías y deleites insospechables y purísimos del espíritu a manera de los ángeles. No sé si será otro error mío pensar que son muy pocas las personas que tengan un concepto tan delicado, tan alto y hermoso del cielo y de su felicidad y de la visión de Dios. La posesión y visión de Dios infinito es el verdadero cielo esencial. Ahora veo la verdad que encierra la frase de San Pedro: *que serán cielos nuevos y tierra nueva*[1], y la de San Pablo: *que no cabe en la aspiración del corazón humano cuanto Dios le tiene preparado en el cielo*[2], ni tiene capacidad la imaginación para soñar tanta grandeza, ni se puedan encontrar comparaciones proporcionadas para dar una idea de su realidad.

Pienso que por la ignorancia y por este pobre concepto que se tiene del cielo y de la visión de Dios y de las infinitas y variadísimas hermosuras que se ven en Dios, se oye alguna vez decir que el cielo resultará a la larga aburrido y monótono. Se juzga que sólo pueden distraernos los cambios y la variedad de bienes, de amenas conversaciones, de diver-

1. San Pedro, 2 ep. 3, 13.
2. San Pablo: *I a los Corintios*, 2, 9.

siones, pasatiempos, juegos o excursiones. Miramos muy erróneamente esa vida del cielo, que es toda gozo y alegría, cuando la asemejamos al recogimiento de la piedad en la tierra y al cansancio que ocasiona su esfuerzo y continuidad.

146.—Me escuchó atentamente, y cuando hube terminado, me miró benévolo, y sonriente dijo:

—Te hablé de la gloria o gozo esencial hasta este momento, porque ese gozo excede sin comparación a los demás gozos. Pero también los bienaventurados viven y disfrutan las delicias de los variadísimos conocimientos y trato mutuo con todos los moradores del cielo. Aquí pensamos es imprescindible el ameno y alegre trato social y la expansión de diversiones y juegos con variada modalidad. En el cielo no se está de rodillas ni recogido y encogido como estamos cuando damos culto a Dios o tenemos oración. Ni se está rígido, callado, hierático, sino en la actividad más variada, amena y descansada y en el gozo de la más jubilosa comunicación con los demás.

El cielo es la expansión y exaltación de todo lo bueno y hermoso, de todo el jubilo y alborozo que en la tierra deseamos y superior a cuanto podemos soñar, y no se vive solo ni aislado, sino en la más amable y placentera compañía. En el cielo se tienen todos los conocimientos y se disfrutan todas las curiosidades que en la tierra se fantasean, y no serán

las excursiones cansadas para ver un paisaje o una ciudad desconocida o unas ruinas históricas, sino que se verán y conocerán y visitarán todas las estrellas y todos los soles y constelaciones del universo, conociendo todos los seres y fenómenos y toda la vida y sus causas y su desenvolvimiento o evolución sin necesidad de vehículos ni prevenciones ni provisiones, sino con sólo querer y con la mayor complacencia. Es la vida del cielo amenísima y deliciosa, como luego te diré. Para el alma no hay distancias, y el cuerpo glorioso está pronto para realizar el querer del alma, y va donde quiera y como quiera el alma.

Todos esos conocimientos naturales de la creación, aunque perfectísimos y grandísimos, son como nada comparados con las sobrenaturales grandezas y hermosuras variadísimas de Dios y de sus infinitas perfecciones. En la tierra se procuran continuas y variadas novedades que impresionen y distraigan y alegren los sentidos exteriores e interiores. Cuando falta la novedad y variedad, se produce el hastío y pesadez por la monotonía.

Se encuentra en el extremo opuesto a la verdad quien piensa que en el cielo puede haber pesadez o monotonía y por ello aburrimiento. El cielo es siempre una renovada y como nueva vida gozosa. En el cielo se ve y se conoce y visita todo por presencia con sólo querer. Aun después de la resurrección del cuerpo, éste está pronto para trasladarse muy gozo-

so, sin conocer distancias ni cansancio, sino con placentero solaz, donde la voluntad de cada uno guste.

Dios no tiene monotonía ni hastío o cansancio. Desde la eternidad es el gozo infinito en Sí mismo y en la infinita variedad de perfecciones. Dios es la ininterrumpida y sorprendente novedad, siempre en delicia jubilosa, y la comunica, junto con su gozo, al alma feliz y al ángel. El bienaventurado es la alegría misma, o ha sido hecho alegría y contento.

El concepto de la alegría y felicidad por la posesión y disfrute de esas diversiones o comodidades y tratos a semejanza de la tierra, es muy pobre y equivocado, como tú me decías. Todos ellos reunidos con la mayor abundancia y bienestar y seguridad, que se tendrán en el cielo, son como una imperceptible sombra ante el Sol infinito de las alegrías y delicias y ante las variadísimas perfecciones y conocimientos de Dios y su trato. Yo las comparo a una cerilla encendida y puesta en el núcleo y foco solar. La cerilla tiene su luz propia, pero el irresistible fulgor y calor del sol de tal manera la absorbe, que ni aun se la ve; luce, pero queda hecha ella luz del sol y ni se ve su luz propia ni se siente el calor de su llama.

Por semejante modo, pero mucho más alto y perfecto, la visión de la esencia de Dios y de sus perfecciones infinitas y variadísimas produce tal exaltación de gozo, de alegría, de admiración, sin jamás acabarse, que todas las demás complacencias

y bellezas y perfecciones creadas quedan como tenue resplandor o como anuladas y como sombra ante la infinita hermosura y atracción de Dios infinito; Dios tiene arrobada y suspensa el alma. Todas las demás alegrías no pueden compararse con la delicia de Dios, aunque nos parezca ahora lo contrario. Son menos que la luz de la cerilla en el sol esplendoroso.

147.—Porque desde el momento en que Dios comunica la luz de gloria al alma y se la comunicóal ángel glorioso, la comunica con ella las dotes gloriosas propias del bienaventurado, que vimos eran la Visión, la Comprensión y la Fruición o delectación de Dios y a cada alma según sus propios méritos y su gracia o amor. Con las dotes comunica sus tesoros insondables y eternos, que son sus perfecciones infinitas y los misterios incomprensibles de Dios, que en la tierra tanto deseaba conocer, pero no podía sospechar sus maravillosas grandezas. Toda otra hermosura y toda otra expansión o distracción y todo otro conocimiento palidece y es como nada ante este tesoro increado, eterno e inefable. Esto, amadísimo, esta belleza y comunicación con Dios, es el cielo.

—Pero ¿qué tesoros —le dije yo— o qué misterios puede haber mayores que los que me ha dicho sobre la magnificencia y Bondad y Sabiduría de Dios?

—¡Oh amadísimo! —me respondió cariñoso, pero como asombrado—, te dije lo mejor que supe y pude, muy resumido, sólo el principio de lo que hay que decir de Dios en esta neblina de nada que de Dios podemos comprender ahora. Porque todo lo que en la tierra podemos comprender de su Ser y de sus perfecciones es sólo neblina y sombra de nada ante su realidad dichosa, porque es infinita.

Cuando Dios, en su misericordia, comunicó alguna luz especial de su grandeza y de sus perfecciones a los santos, no encontraban otra expresión que admiraciones de lo que habían entrevisto. Moisés amontona adjetivos de ponderación; San Agustín, sobre las comparaciones que hace, añade que el alma ve que hay que ver mas; Santo Tomás, que cuanto ha escrito no es nada y no se atreve a escribir más; San Juan de la Cruz, que siente grandeza de Dios y en aquel sentir siente tan alto que entiende claro se queda todo sin entender y lo llama *no sé qué;* y San Pablo, que el corazón no puede presentir lo que será Dios.

Dios es de tanta grandeza y majestad, que sumando, si fuese posible, todas las inteligencias de todos los hombres y ángeles y el mismo entendimiento del alma de Jesucristo, que entiende inmensamente más que todos los ángeles y hombres, nunca pueden llegar a comprender totalmente la infinita grandeza y la suma perfección de la esencia de Dios y de sus atributos y mucho menos pueden

expresarlo. Lo inmenso espiritual no cabe en las palabras de los hombres, por excelsas maravillas que dijesen. Todo sería, según la comparación de Fray Gil, como un pajarillo que coge algunos granos de trigo de un montón como una montaña, que no se nota y queda el montón como intacto[3].

Ya sabes lo absorto y reconcentrado que andaba San Agustín intentando conocer el misterio del origen de Dios, y le dijo el ángel que era más fácil encerrar las aguas del mar en un hoyito abierto con una concha que el conocer lo que no es posible al hombre en la tierra. Y como San Agustín han intentado con humildad conocerlo muchos talentos. Pero es misterio de Dios. Creámoslo y adorémoslo con reverencia y pidamos luz para estudiarle y amarle más.

148.—La visión de Dios nos hará ver, a mi alma y a la tuya, el misterio del Ser de Dios y que no tiene origen, sino que es ser necesario e infinito y nos hará dichosos. En la Visión de Dios veremos el Fulgor, Poder, Sabiduría y Bondad de esa naturaleza infinita y el misterio de cómo, siendo una sola y única naturaleza espiritual y simplicísima, es una esencia infinita y tres Personas también infinitas. Ahora lo

3. V. P. J. E. Nieremberg: *De la Hermosura de Dios y su Amabilidad*, lib. I, cap. I, prf. II. Véase de la inmensidad y de lo infinito de Dios en *Dios en mí*, IX y X, por un Carmelita Descalzo.

creemos y adoramos admirándolo, pero no lo entendemos.

En Dios veremos y nos gozaremos con el mayor gozo cómo su Entendimiento infinito entendiéndose engendra el Verbo o Palabra interior, también infinito, y el entendimiento que entiende y la Palabra o Verbo entendido, que es la Sabiduría infinita de Dios, producen el Amor o el Gozo infinito, el Espíritu Santo; y tan eterno y sin principio es el entendimiento que entiende como el entendimiento entendido o el Verbo o Sabiduría engendrada no hecha, como el Amor o Gozo producido no hecho, por el entendimiento que entiende y el mismo entendido, y son tres Personas distintas en una sola esencia. El Sol es un solo núcleo astral que tiene entidad, fulgor y calor desde que es Sol. El sol tiene esas inmensas fulguraciones o llamaradas de cientos de miles de kilómetros de altura, y Dios está siempre en la infinita y admirable fulguración de inmensidad, Grandeza y Bondad y ha querido desbordarse al exterior en la maravilla de la creación y del cielo glorioso.

Sólo Dios puede comprenderse totalmente a Sí mismo. Y Dios se comprende todo, ininterrumpidamente, actualmente. En Dios no hay antes o después. Dios es el perpetuo y eterno ahora. Todo lo ve y tiene presente, actual, simultáneo, detallado. Lo puede todo y lo ama todo, pues todo es suyo. Y crea lo que quiere crear y lo crea cuando quiere y como

quiere, y crea los seres que quiere y con las cualidades o perfecciones que quiere. Nosotros las llamamos leyes de la naturaleza[4].

¿Qué no verá la inteligencia altísima de los querubines y serafines? ¿Qué inmensidad de verdades y maravillas no verá el entendimiento altísimo del alma de Jesucristo? Y ni las jerarquías de los ángeles ni ese altísimo entendimiento de Jesucristo, aunque, como antes te dije, se pudiesen sumar, podrán jamas llegar a comprender a Dios en su infinita perfección, todo y simultáneamente. En Dios siempre hay inmensamente más que ver, que gozar y que admirar y alabar, y cada uno lo verá y gozará en proporción de la gracia o de la santidad que adquirió en la tierra[5].

Sólo Dios puede comprenderse totalmente a Sí mismo. Y la reflexión que a mí más me llena de asombro, y ya te dije, es: que siendo infinito el entender y la capacidad de entender del entendimiento divino, siempre actual, ese divino entendimiento no puede tener un pensamiento, una idea que no haya tenido y visto siempre, que no la haya tenido y tenga siempre presente y viva en su esencia, ni puede existir un solo átomo a millones de años de luz de distancia del centro del universo, ni el vibrar

4. Véase lo mismo en el núm. 142. Aquí y allí sumamente resumido.
5. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*, lect. VIII, núm. 110, y lects. IX y X.

de una hoja, que no haya creado Dios y no la conserve y le dé sus propiedades y haya fijado el término de su existencia.

Fíjate que Dios obra por su Ser. Yo obro por mis potencias y sentidos, y mi alma está inconsciente muchas veces. Pero Dios es todo Ser y esencia y obra por su Ser, y su Ser es obrar infinito en infinita actividad e infinita delicia. El Ser de Dios es la vida, toda la vida infinita. Dios siempre obra con actividad infinita en Sí mismo. A ese obrar llamamos su vida interior. La vida infinita de infinita actividad de Dios es el entender de Dios engendrando al Hijo, el Verbo, y los dos produciendo el Espíritu Santo. Dios siempre está, como es su Ser, en el infinito obrar, en el infinito amar y en el infinito gozar. ¿Cómo puede haber en el infinito entender, en el infinito amar y en la infinita actividad de gozo de Dios ni monotonía ni cansancio? ¡Oh Dios, Dios, Dios mío y para mí! ¡Infinito!

149.—¡Oh amadísimo! —me dijo con ternura que me emociono—. ¡Dios es infinito! ¡Dios es infinito en todo bien, en toda hermosura, en toda grandeza! Yo me gozo ahora pensando estos misterios de Dios, pero no los comprendo, ni siento el gozo ni los veo. Espero Dios me lleve al cielo y allí le veré y gozaré con gozo indescriptible; allí, viendo su esencia, comprenderé todos estos misterios y otros innumerables, como sus perfecciones, y viéndole a Él lo veré todo,

todo en Él. Viéndole me hará delicia y júbilo suyo glorioso; estaré en el mismo entendimiento divino unido a Él, seré una misma cosa o ser glorioso con Él, como la cerilla que estuviese en el foco solar sería una misma cosa con el Sol y con su luz, y será mi delicia y júbilo glorioso según sea mi luz de gloria, según fue mi gracia y mi amor o mis virtudes.

Veremos, entenderemos, trataremos y gozaremos a Dios, que es sobre toda la creación. Veré que *Dios no solamente es lo mejor y lo más grande y superior a cuanto las inteligencias creadas, pueden pensar, sino que es de tal manera grande y poderoso y hermoso, que ni su mismo entendimiento, infinito como es, puede pensar nada mayor ni mejor, o algo que no tenga o haya tenido siempre*[6], y lo es para mí, porque en el cielo se me da glorioso según la capacidad que yo haya hecho. ¿Qué es toda la creación comparada con este Creador infinito?

Pues Dios muestra al bienaventurado estos tesoros de su esencia y de su vida que ahora nos están escondidos. Estos tesoros son la vida y la felicidad de Dios y son la perpetua novedad y variedad, que ahora no podemos comprender, y serán también la felicidad y la vida gloriosa siempre renovada y variada del bienaventurado.

6. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*, lect. X, núm. 152 y otros. *San Anselmo Prosloquio*, caps. III y XV.

¡Oh amadísimo! —me repitió con afecto entrañable—, viviremos en Dios la misma vida de Dios y la misma felicidad de Dios, participadas. Veremos la vida íntima de Dios viviendo en su mismo Ser y veremos en el Ser de Dios la creación externa toda, en su origen, en su desenvolvimiento, en todos sus seres y elementos, con perfecto conocimiento, según la capacidad o gracia de cada uno. Dios está en todos los seres, pero es sobre todos los astros, sobre todas las constelaciones, sobre todas las maravillas de la tierra o de las estrellas, sobre todas las bellezas. Viviremos en Dios gloriosamente su vida. Deseemos amar mucho a Dios. Obremos la virtud que hace la capacidad de gloria. ¡Oh día espléndido y glorioso del cielo! ¡Oh deseado día del cielo! ¡Por Ti, Dios mío, abrazo la virtud y la mortificación!

150.—Porque en el cielo veremos en Dios perfectísimamente toda la creación con todas las criaturas animadas e inanimadas. Veremos, conoceremos y nos trataremos con todos los bienaventurados y con todos los ángeles. Conoceremos los hombres que han vivido en el mundo desde que Dios los crió, los que actualmente viven y los seres racionales o intelectuales que vivan o hayan vivido o hayan de vivir en los astros —si hay algunos habitados— y en qué astros viven y vivieron y su modo de vida. Conoceremos todas las especies de animales y plantas y todas las estrellas, todas las cons-

telaciones y supergalaxias y su origen y el de la Tierra y su desenvolvimiento. Conoceremos muchos seres y mundos que nunca han de existir, porque no los creará Dios.

Todo lo veremos y conoceremos en Dios en toda su realidad y perfección y vivo. Lo conoceremos y veremos no lejos, ni sólo por fuera, ni en la periferia de los astros, sino junto a ellos, dentro de sus núcleos, en sus mismas esencias y propiedades; que para el espíritu no hay distancias ni densidades que lo impidan conocer, y para los cuerpos gloriosos, como si no las hubiese; conoceremos la razón y las relaciones de sus propiedades y de su obrar. Lo veremos perfectísimamente junto y detallado en la esencia de Dios y lo veremos directamente en ellos mismos, no con tanta perfección ni junto o simultáneo como en Dios, sino sucesivamente.

El conocimiento que se tiene y se ve en la esencia de Dios es a manera de Dios o a manera de eternidad, o sea: que se ve con toda perfección todo junto, simultáneo y detallado, todo en su realidad física y en sus propiedades y causas y en las relaciones con los demás seres. Ya lo indicaba el poeta cuando escribía:

> Allí a mi vida junto,
> en luz resplandeciente convertido,
> veré distinto y junto
> lo que es y lo que ha sido
> y su principio propio y escondido.

Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas[7].

Así lo enseñaron los sabios; así lo vieron los santos. Santo Tomás dice que en el cielo se ve en *Dios todo a modo de eternidad*[8], o sea: simultáneo y distinto o detallado, y perfecto sin error o engaño.

Santa Teresa de Jesús escribe se la mostró el Señor y vio la humanidad gloriosa de Jesucristo y vio la Divinidad en inmensa Majestad y en sus tres Personas, que era toda a manera de diamante, en el cual estaba todo lo que existe y puede existir, *y todo lo que hacemos se ve en este diamante*[9], *y entendí estar allí todo junto lo que se puede desear*[10]; y en aquella Majestad entendió era la misma verdad. Todo simultáneo se ve en esta infinita Verdad.

151.—En algunas visiones que Dios comunicó a los santos veían inmensidades de maravillas y de siglos, y todo lo veían en un muy breve tiempo. Santa Ángela de Foligno habla en varios lugares de lo que Dios la mostraba, y en Dios lo veía todo. Como los místicos hablan generalmente en sus

7. Fray Luis de León: *Poesías. A Felipe Ruiz.*
8. Santo Tomás: *Suma contra los Gentiles,* lib. III, cap. 61.
9. Santa Teresa de Jesús; *Vida,* 40, 10.
10. Id., id., 39, 22.

visiones de Dios como luz o en la luz, ella lo veía en la oscuridad de Dios. ¡Qué maravillas ve en esa oscuridad! Así dice: *En éxtasis vio... todos los predestinados y salvados y todos los condenados y todos los demonios*[11]. *Me encontraba yo tan llena de divina luz, que con gozo muy grande vi en la Omnipotencia de Dios y en su voluntad... y me dio completo conocimiento sobre todas las criaturas. Me dio a conocer todos los que se salvaban y todos los que debían salvarse, todos los que se condenaban y debían condenarse; de todos los demonios y de todos los santos*[12].

Vio a Dios en una muy grande oscuridad, y en la oscuridad vio todo el Bien. Son palabras casi desconcertantes, pero maravillosas y que aclaran esto que voy diciendo de cómo el bienaventurado lo ve todo junto y distinto en Dios. Porque son palabras que aclaran lo que enseña la teología y lo que yo estoy exponiendo, quiero transcribirlas. Dice esta santa: *Le vi a Dios en una oscuridad tan grande, porque Él es tan grande que no se puede comprender. Y yo me recogí toda dentro de este Bien que se me mostraba dentro de la oscuridad... Yo estaba en tal gozo, que no se puede decir. Todo ello es indecible... Y yo veía este Bien... El alma no podría pensar sino en este Bien ni separarse de este Bien.*

11. Santa Ángela de Foligno: *Documents originaux edités et traduits par le Pere Paul Doncoeur*, II. *Le Quatrieme pas*, pág. 51.
12. Id., id., págs. 118-119.

Nada ve el alma de cuanto pueda decirse con los labios o pensarse. No ve nada y lo ve absolutamente todo… Tengo mi esperanza en un Bien secreto, muy secreto y escondido, que yo comprendo en esta grande oscuridad… Veo con la oscuridad, que esto está por encima de todo bien… Y todo lo que pueda comprender el alma o soñar es menos que este bien… El alma ve a Dios llenando todas las criaturas, que también ve…

Cuando el alma ve la Omnipotencia o Voluntad divina… es menos que ese Bien muy secreto; porque lo que yo he visto en la oscuridad es Todo y lo que se ve en ésos es parte…

No viendo nada, se ve todo…, y todo es menor que este muy grande Bien que se ve en la oscuridad… Mi esperanza está en este Todo Bien que yo veo en la tal oscuridad… Yo veo todo y no veo nada… Dios me atrae el alma con tal mansedumbre que me dice: «Tú eres Yo y Yo soy tú…». Nada hay entre Él y yo… Deseo cantarle y alabarle y le digo: «Yo te alabo, Dios amado»[13].

Estas palabras, casi contradictorias en la expresión, no en el concepto —como son con alguna frecuencia las palabras de los místicos—, dan mucha luz sobre lo que en el cielo ve el alma feliz y gloriosa.

Porque todo lo ve y todo lo conoce y goza el bienaventurado dichosísimamente y lo ve y goza en la Verdad Eterna, en la esencia de Dios, llamémos-

13. Id., id.: *Coment Dieu*, págs. 156-161.

la Luz eterna para llamarla con alguna palabra; no es esta luz que alumbra nuestros ojos ni aun que se parezca a esta luz; es una luz espiritual, purísima, sobrenatural, que ilumina las inteligencias, que esclarece los espíritus y los seres todos. Esta Luz es el mismo Dios, y en esta Luz y con esta Luz se ve y conoce que Dios es sobre todo; es el infinito y nada puede compararse con Él, ni toda la creación junta. Y todos los bienaventurados están dentro en lo íntimo de esta Verdad y de esta Bondad. Mirando así al alma gloriosa exclamaba San Gregorio: *¿Puede haber alguna cosa que no conozca el que ve y conoce en el que lo sabe todo?*[14]. *Ni se puede pensar que los santos, que ven en la misma claridad de Dios, puedan ignorar alguna cosa de la creación externa.* Allí comprenderemos cómo siendo Dios simplicísimo está todo en todos y en cada uno de los seres.

152.—Levantada, sobrenaturalizada, el alma dichosa conoce que sobre lo inmenso que ve de lo infinito de Dios siempre queda inmensamente más que ver y conocer, y siempre más que admirar y que produce nuevas maravillas. El alma no puede apartar la mirada y consideración de Dios, atraída de tanta hermosura. ¿A dónde va a mirar que encuentre algo semejante a Él? ¿Qué es la creación univer-

14. San Gregorio: *Diálogos*, cap. 33.

sal ante este portento infinito? ¿A qué podrá mirar que no vea ya, ame y posea en Dios?

Porque en esta soberana Luz se ven las relaciones del Padre engendrando el Verbo, y del Padre y el Hijo produciendo el Espíritu Santo, que ahora lo decimos sin entenderlo, pero nada hay tan admirable como este altísimo misterio de la Trinidad Santísima. Aquí se ve la Bondad y Majestad del Padre y la Sabiduría del Hijo y el Amor y Gozo del Espíritu Santo, tres Personas distintas en una sola esencia infinita: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

En esta Luz, en esta Esencia infinita y Hermosura infinita, viviremos nosotros y entenderemos lo que ahora nos enseña la fe, pero no entendemos. Viviremos en Dios infinito y, comunicándonos su gloria, nos dirá también: *Yo soy tú y tú eres, Yo*[15]. Si San Juan de la Cruz se gozaba diciendo: *Vivo en la Santísima Trinidad*[16]. ¿Qué sentiremos viviéndola ya gloriosamente y gozando sus gozos? ¿Qué nos enseñará su Sabiduría y nos comunicará su Poder? Viviremos gloriosamente en Dios, su misma vida comunicada en su misma vida y para siempre. ¡Soñemos, alma, sueños de cielo! Ni tus sueños ni los de los ángeles pueden llegar a la altísima realidad de Dios. Envuelta el alma gloriosa en esta Luz, o sea, metida en la misma esencia de Dios y hecha una

15. San Juan de la Cruz: *Llama*, can. 3, núm. 7.
16. P. Crisógono de Jesús, O. C. D.: *Vida de San Juan de la Cruz*, cap. 10.

cosa con ella, sin perder su personalidad, como la cerilla metida en el núcleo resplandeciente del sol no deja de ser cerilla pero absorbidos su calor y su luz por la luz y calor del sol, así el alma ve y encuentra su propia dicha ya inacabable, y ve y admira gozando la alteza y claridad de Jesucristo y la hermosura y glorificación de la Virgen y la felicidad y sabiduría de los ángeles, y el júbilo, delicia y perfección de todos los bienaventurados, y conoce y ve como actuales el origen, la formación, las evoluciones y propiedades de todos los astros, de todos los hombres y sus acontecimientos; de todos los animales, de todas las plantas, de todos los seres. ¿Qué ignorará el que tiene al que todo lo sabe y vive en su vida y en su inteligencia infinita?

En esta Luz, en Dios, Sabiduría infinita, se inflama el alma en la admiración de tanta grandeza y de tanta y tan portentosa maravilla y vive en la exaltación de la continua alabanza, en el cántico del agradecimiento y del gozo. No es cántico esforzado de garganta, que no tienen ni los ángeles ni las almas, ni cántico ensayado; es el cántico de la armonía callada y eterna, brotada de la redundancia del júbilo y alegría que gozan, del Bien y de la Verdad en que rebosan y nace y se difunde como nacen y se difunden los rayos del sol y la fragancia de la rosa. Es el resplandor del alma gloriosa y que el alma comunicará también al cuerpo después de la resurrección y le hará glorioso.

153.—Y solazándose en estas hermosuras, continuó: ¡Oh Verdad eterna! ¡Oh Verdad infinita! ¡Oh Luz beatísima, Luz suavísima, Luz regaladísima, que iluminas a los ángeles, esclareces a los bienaventurados y los haces felices! ¡Oh Luz sobrenatural, que embelleces los cielos y llenas de sabiduría las inteligencias y de dicha los espíritus! ¡Cuándo me veré envuelto en tu claridad y me transformarás en tu hermosura!

¡Oh soberana Hermosura del Padre, infinita Sabiduría del Hijo y clarísimo Amor del Espíritu Santo! ¡Oh Bondad de Dios amantísimo, enciende e ilumina el mundo con esta tu Luz para que vea y obre la Verdad! ¡Abrasa y santifica el alma de estos dos siervos tuyos, que quieren estar entregados a tu Amor! Sabemos que ahora vivimos en Ti, pero no te gozamos, ni te vemos ni te sentimos. Me pides el amor y yo te lo doy. En este retiro pienso en Ti y te espero. Gozo en ser tuyo y en vivir en soledad para ser totalmente tuyo y pensar más en Ti. Tú te harás mío.

Espero me des tu cielo y ya para siempre viviré en Ti mismo, en tu dicha. En tu Luz, que eres Tú mismo, te veré a Ti infinito en todo bien, seré llama de tu amor, y me gozaré en tu gozo. En Ti conoceré y poseeré, como reflejo de Ti mismo, todas las criaturas y todos los mundos. En Ti conoceré, trataré y me gozaré con todos los ángeles y bienaventurados mis amados. ¿Cuándo será esto?

Dios infunde en el alma del bienaventurado, juntamente con la luz de la gloria, las dotes gloriosas de visión, comprensión y fruición o delectación. Con ellas, viviendo en Dios, queda el alma llena y totalmente satisfecha, rebosando felicidad en su esencia y en sus potencias; felicidad y deleitación que comunicará al cuerpo cuando vuelva a darle vida gloriosa después de la resurrección, para ser feliz en todo el ser. El entendimiento queda lleno en toda su capacidad de comprender la Verdad, y en la Verdad infinita recibe el conocimiento de todas las demás verdades criadas. Queda llena la voluntad en el Bien, viendo cumplidos sus anhelos y satisfechos sus deseos y amores. Y el alma queda anegada en jubilosa delicia y satisfacción.

Lo conocerá todo en descanso y gozo en Dios y no tendrá ni un solo deseo que no vea satisfecho, ni un solo recuerdo que no sea de gozo, ni un solo amor sin alcanzar y verse correspondida. Y sobre todo eso que podemos imaginar está lo inimaginable; está viendo, entendiendo, gozando los insondables misterios de Dios y de la esencia de Dios. ¡Estará ya para siempre en esa Luz y en esa dicha! ¡Oh Dios y Padre mío, para qué grandezas y hermosuras nos has criado! ¡Condúceme hasta conseguirlas! ¡Que yo quiera dejarme conducir!

¡Oh si pudiéramos darnos cuenta un poco concretamente de lo que es el infinito! ¡Qué Luz entra-

ría en nuestras inteligencias y qué determinación en nuestras voluntades!

¿Como será ese infinito Bien? Un alma santa escribía: *Vi un infinito que se hallaba en este lugar e igualmente en todas partes. Era una luz; pero no era una luz, porque no tenía ninguna relación con la luz que nosotros conocemos; y, sin embargo, la luz es lo que mejor puede dar idea de lo que vi. Al mismo tiempo que veía ese infinito, sentía como un ligero céfiro que acariciaba mi rostro. Pero este Infinito tan próximo a mí era de una luz enteramente diferente de la que llenaba mi celda y que me hacía perder de vista todo lo que me rodeaba. Yo veía que lo que me impedía entrar en este Infinito, que estaba cerca de mí, era mi cuerpo...*

Comprendo cómo en el cielo se hace todo a la vez: se ve a Dios, se adora, se ama, se ruega. Viendo a Dios se piensa; es decir: se ven todas las cosas de la tierra... En el cielo no se habla... Se transmite todo lo que se quiere decir. Esta manera de comunicación no tiene semejanza alguna con lo que pasa en la tierra.

Lo que sobre todo me llamó la atención en este Infinito fue la sencillez y pureza..., era la sed y la saciedad a un mismo tiempo, como si uno se encontrarse junto a una fuente de la que siempre bebiese. Algo me ha quedado de esta saciedad y de esta sed... ¡Ahora ya sé lo que es júbilo!... Del grupo de la Santísima Trinidad se escapó un rayo de luz en nada comparable a la luz del día, pero la luz es la única cosa que se le aproxima... Ahora tengo la impresión de Dios Padre englobándolo todo, del

Espíritu Santo en mí y de Jesús enteramente junto a mí, a mi lado derecho, obrando conmigo[17].

Este Dios infinito, que vio la Hermana María Ángela, era como luz o Luz, por comparar a algo, y Dios estaba en todo, abrazándolo todo. Y Dios estaba saciando al alma. El alma entra ya en la contemplación de Dios, en el divino y eterno éxtasis, donde el entendimiento está lleno en toda actividad gozosa de entender en Dios y la voluntad de amar. Es la mayor actividad y más gozosa. ¡Qué bien comprende lo que ahora no podemos imaginar: que Dios está todo en cada uno de los seres por esencia, presencia y potencia!

154.—El alma en el cielo está en Dios, saturada de Dios, como el cristal de la luz, y vive en la actívísima y gozosísima contemplación de Dios y de sus infinitas perfecciones, sin querer apartar la mirada a otra cosa, porque la infinita Hermosura y Verdad de Dios absorbe toda su admiración siempre en el mayor interés y gozo. En Dios lo encuentra todo, y vive la misma vida de Dios y su mismo gozo. Es la convivencia perfecta, íntima, sobrenatural entre Dios y el alma. En esta mirada de admiración, de gozo y de alabanza, en esta ininterrumpida

17. Hermana María Ángela del Niño Jesús: *Lirio y Hostia, Vida y virtudes de…*, escrita por la Comunidad del mismo (Monte Carmelo), traducida al español, cap. 10, prf. I, págs. 20 y siguientes.

y deleitosísima contemplación vive la posesión y el gozo de la Verdad y la deleitación de la Bondad. No hay gozo como este gozo, como no hay hermosura como la hermosura de la infinita y total Verdad y Bondad. ¡Y será ya para siempre! Nunca el alma se cansa, sino que es la más deleitosa satisfacción, como no se cansará nunca el cuerpo glorioso. También el cuerpo estará siempre en el gozo y en la actividad de gloria que no cansa, sino siempre recrea y deleita en descansada satisfacción de delicia.

El entendimiento entendiendo siempre a Dios en contemplación actual y en suma perfección está lleno en toda su capacidad de entender la Verdad, y la voluntad, a su vez, está llena de la Bondad; las dos potencias están satisfechas en gozo y saturadas en la exuberancia de la felicidad, en el júbilo más radiante. Permanece en el perpetuo éxtasis de la alegría y de la más descansada y deleitable actividad en entender, en amar y en gozar en Dios.

Vive en la más confidencial convivencia gloriosa con Dios, en su misma vida y gozo, y con Dios tiene la convivencia de todos los ángeles y bienaventurados. ¡La creación entera es suya!

Alma mía, dichosa de ti, porque verás a Dios y vivirás en Dios su misma vida y su misma dicha. En Dios verás y conocerás todos los seres y toda la creación. En Dios y en Jesús conocerás y tratarás a Jesús y a su Santísima Madre. En Dios verás y tratarás con todos los ángeles y bienaventurados.

Capítulo XXV

Variedad del cielo. Conocimiento que el bienaventurado tiene del universo y de todos los seres

155.—En la tierra el deseo insaciable del hombre es ver, conocer, poseer, tratar, gozar y expansionarse. Se tienen ansias de ver novedades, hermosuras distintas, tener riquezas, disfrutarlas con ostentación y tratar con las gentes. En las ciudades se visitan los monumentos de fama y que llaman la atención, se acude al concurso y aglomeración de las gentes, a los espectáculos para distraerse. Se busca ver y leer las noticias de lo sucedido o que pueda suceder. Los amantes de las letras leen apasionadamente las intrigas de los cuentos e invenciones novelescas, bellas, pero inventadas y exageradas.

Ni es menor el deseo de tener fama y de tratar con personas distinguidas, codiciando que nos esti-

men y nos honren, y tanto más se goza cuanto son más distinguidos y de más nombre los que nos tratan con aprecio.

Cuando no es posible satisfacer este deseo, sobreviene la tristeza y abatimiento. Se habla en las ciudades de la soledad como de un encanto, y todos huyen de vivir la soledad. La soledad prolongada se hace intolerable, y a la larga nada hay más pesado que la inactividad y el no hacer nada. Vivir largo tiempo solo sin ocupación ni ideal alguno, produce tedio insoportable.

Buscan y gustan la soledad solamente los que buscan la compañía de Dios y vivir con Dios a solas. Es, cierto, el mayor gozo, pero lo es para los que aspiran a vivir la vida espiritual y santa. Los demás hombres no sólo no la buscan, sino que huyen de la soledad como de uno de los males más difícil de soportar.

Cuantos piensan en el cielo sin el movimiento de actividad, sin la curiosidad de ver, de distraerse, de reír, de espectáculos, juegos y disipaciones, son los que se forman la idea de que en el cielo hay una continua monotonía y seriedad, y será o se hará cansado y aburrido aun cuando haya todas las bellezas y riquezas que queramos soñar, y juzgan que el alma está en un perpetuo éxtasis, sin actividad ni movimiento de expansión o de diversión externa, como pintan a los ángeles.

156.—Pero si el cielo es un perpetuo éxtasis de gozo y de dicha, no se paraliza ni disminuye la actividad de la vida ni de la alegría. En el cielo empieza la deliciosísima y descansada actividad de vivir y conocer y ver inmensamente más grande y gozosa que en la tierra. Las facultades de los bienaventurados son más perfectas, ya no están sujetas a error y tienen mayor capacidad sin comparación que en la tierra y están en actividad ininterrumpida, siempre con deleitable y renovado gozo, viendo, conociendo, admirando y disfrutando las preciosidades y maravillas que los rodean y de todo cuanto existe en la creación cerca o lejos; siempre encuentran maravillas más admirables; al mismo tiempo viven el trato y las relaciones más efusivas y concordes con todos los bienaventurados; juntos todos y en íntima compenetración y alegría, admiran tanta magnificencia y encanto.

No es el cielo monotonía; es la perpetua maravilla y bellísima variedad; la grandísima expansión y comunicación del corazón en continua y gozosa admiración.

Pero es tanta la diferencia que hay de todas esas bellezas y maravillas criadas y de los ángeles y bienaventurados a Dios, que una vez más repito que el cielo es Dios y Dios no es monótono ni pesado para Sí mismo ni lo es para los ángeles y bienaventurados; Dios es la actividad infinita, variadísima y gozosísima. Todas las variedades creadas son pobre

y pálido reflejo de la infinita, aun cuando son maravillosas y bellísimas en sí.

Cuando los hombres piensan y aun hablan de la poca variedad del cielo, muestran no tener ni noción de lo más grande, de lo más bello, de lo delicioso e inconcebible que hay en el cielo y que es el gozo y la dicha del bienaventurado. Porque lo que supera toda fantasía y todo ensueño es la infinita perfección, belleza y encanto de Dios y sus infinitas y variadísimas perfecciones, infinitas en número y en perfección, y la comunicación tan íntima de Dios con el bienaventurado, que hace al bienaventurado una misma cosa con Dios por la unión sustancial y le comunica la misma vida y el conocer y amar en la exaltación del gozo y alegría más inimaginable.

Imaginar un cielo de ceremonias y cumplidos, rígido y solemne como el culto que damos a Dios en las iglesias, como las reverencias de palacio a un poderoso, es imaginar el error más contrario a la verdad y más perjudicial al espíritu.

El cielo es la familiar y amantísima convivencia con Dios, viviendo su misma vida y su mismo entender y gozar y viviéndolos en su misma esencia. ¿Dónde puede darse ni aun pensarse convivencia ni trato ni unión tan íntimos como los del bienaventurado con Dios? Es unión de esencia con esencia, y el alma dichosa que vive en Dios su vida, entiende en el mismo entendimiento de Dios y vive su misma exaltación de júbilo y de dicha, gozando

en sus infinitas perfecciones, viendo y gustando siempre renovadas grandezas y más sorprendentes maravillas. Dios no se agota obrando ni se agota nunca lo infinito de su perfección. En ese vivir el gozo de las perfecciones y en ese trato de tanta unión con el mismo Dios, se vive también el trato más íntimo y confidencial en la exaltación de delicia más amorosa con las criaturas espirituales y racionales: con los ángeles y con los seres intelectuales de otros mundos —si los hay— y tal vez más perfectos que los hombres y por lo mismo más dichosos, y con todos los hombres, siendo el trato más especial con el más santo y con los que vivimos más unidos y nos ayudamos a ganar el cielo en esta vida de la tierra.

El alma en el cielo conoce y ve con visión actual todas las acciones y todos los acontecimientos que gusta; ve y tiene el trato y conocimiento de todos los hombres que desea conocer y tratar; ve y conoce los pensamientos y afectos y los sucesos individuales, familiares y sociales. Nada de cuanto desea el bienaventurado le es desconocido, ni lo ve ausente ni lejano, lo ve y conoce presente. No siente privación alguna de cuanto anhela. Está satisfecho y feliz en todo.

157.—El alma en el cielo goza de la felicidad y rebosa contento al verse llena del conocimiento y del gozo del mismo Dios y de la satisfacción radian-

te y jubilosa de todo deseo. En ese conocimiento y gozo de Dios se recibe también la posesión, el conocimiento y el gozo de las criaturas y seres todos, aun cuando el conocimiento, el gozo y el dominio de todas las criaturas, que tanto nos ilusiona y afecta, y en lo que casi nos figuramos consiste el cielo, con ser tan grande, es como nada comparado con la visión, gozo y posesión de Dios y de sus infinitas perfecciones. Aun cuando no se tuviera el conocimiento y la posesión y trato gozoso con las criaturas, no se disfrutaría de menos felicidad teniendo el alma la visión y posesión de Dios. Dios es el cielo y es todo bien.

Dios es todas las bellezas y todas las alegrías y contentos juntos. Dios es todo el saber y todo el poder. En Dios no puede haber monotonía ni la hay en el cielo.

Si viviendo en la tierra tuviéramos una noción que se acercara a la realidad de la infinita perfección de Dios, la tendríamos también del cielo y experimentaríamos lo que escribió San Agustín: *Es tan grande la hermosura de la justicia, y tan grande la dulzura de la luz eterna, que aunque no se pudiera perseverar en ella más de un día, se podían despreciar innumerables años de esta vida, aunque fuesen llenos de deleites, y regalos, y de abundancia de bienes temporales*[1]; y lo que han escrito almas santas: que por ver a Dios

1. San Agustín: *Del libre Albedrío*, lib. III, cap. 25, número 77.

y por ver a Cristo en su gloria, muy bien se podían padecer tormentos todos los días y aun las mismas penas del infierno por largo tiempo.

Dios es hermosura tan arrebatadora y tan llena de perfecciones atrayentes en tan alto grado, que San Juan de la Cruz escribió: *No hace mucho aquí el alma en querer morir a vista de la hermosura de Dios para gozarla para siempre, pues si el alma tuviese un solo barrunto de la alteza y hermosura de Dios, no sólo una muerte apetecería por verla para siempre..., sino mil acerbísimas muertes pasaría por verla un solo momento, y después de haberla visto pediría padecer otras tantas más por verla otro tanto*[2].

Y Santa Catalina de Génova decía del amor que se siente: *Que si cayera en el infierno sola una chispa..., vendría a ser para sus desgraciados moradores la vida eterna, transformando la noche en día, las penas en consuelos, los demonios en ángeles*[3]. No puede haber en el cielo monotonía ni carencia de gozos y nobilísimos amores, como no la hay en Dios. Hay arrebatadora variedad de hermosura, de novedades y deleitabilísimas magnificencias en todo bien.

158.—El bienaventurado en el cielo ve a Dios directamente y vive la misma vida de Dios en Dios mismo. En la visión y conocimiento de Dios ve y

2. San Juan de la Cruz: *Cántico espiritual*, XI.
3. Fray Justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano*, 22 de marzo.

conoce y posee en Dios todo el universo y todas las criaturas; las ve y conoce en la Sabiduría Divina, que es el Verbo Eterno, y puede conocerlas directamente en ellas mismas, pero no tan perfectamente ni con tanto gozo como viéndolas en Dios, y la perfección y gozo del conocimiento es según la gloria que el alma tiene.

El alma en el cielo conoce en Dios la creación entera a modo de eternidad, que es verla simultánea y detalladamente; ve la creación toda y cada uno de los seres con todas sus propiedades, perfecciones y relaciones con los demás seres del universo. El hombre en el cielo es verdadero rey de la creación, como Dios le prometió en el paraíso; la creación entera le obedece; es suya con dominio perfecto.

Porque de dos maneras veremos, conoceremos y gozaremos de las criaturas en el cielo: las veremos y poseeremos en la misma esencia de Dios, que es el modo más perfecto y deleitable, y las veremos y poseeremos directamente en sí mismas. Ni es un modo opuesto o incompatible con el otro, sino que simultáneamente el alma lo verá y conocerá en Dios y puede verlas en sí mismas.

Ni conocerá más ni con más perfección el universo y todos los seres creados y muchos creables en el futuro o nunca, el que en la tierra tenía más inteligencia o había cultivado más los conocimientos y era tenido por sabio, sino el que tuvo más virtudes y más amor a Dios. La alteza y claridad para ver a

Dios la comunica la luz de gloria; y la luz de gloria es según la gracia que tenga el alma. Ve más inmensidad y magnificencia de Dios y de sus divinas perfecciones y recibe más gozo y mayor dicha el alma que adquirió más gracia y le tuvo más amor.

La más perfecta visión de Dios da más perfecto, amplio y gozoso conocimiento del universo y de todos los seres y criaturas. La mayor gloria esencial agranda la capacidad de conocer, de amar y ser amado. La ley del cielo es para todo el amor glorioso.

Un santo que en la tierra fue un analfabeto y de muy poca perspicacia, como los ha habido, pero que amó mucho a Dios y vivió la perfección, ve más de Dios en el cielo y goza más en Dios, y conoce también más del universo, y de todas las criaturas y seres y de las ciencias, que el más renombrado teólogo o más admirado científico, si el científico o el teólogo amaron menos a Dios. La sabiduría ante Dios es la gracia divina y su amor, y lo que Dios premia es la virtud y lo que se hizo por su amor. La gracia y la virtud son la medida de la intensidad y de la amplitud de la luz de gloria para la perfección de la visión de Dios.

Todos los bienaventurados ven a Dios, y le ven todo, pero no le ven todos con la misma perfección. El más santo le ve más perfectamente. Todos los bienaventurados ven a Dios y en Dios todas las cosas, pero el más santo ve más de la creación y ve más cosas criadas y con más perfección. Todos los

bienaventurados ven a Dios, pero es imposible verle totalmente. La criatura no tiene capacidad ni aun obediencial para ver todo lo infinito. Sólo Dios se ve a Sí mismo totalmente y simultáneamente. Dios es siempre el presente y el ahora de infinito bien.

En el cielo conoceremos de cerca, teniéndolos presentes o pudiendo tenerlos como presentes, todos los seres animados o inanimados. Los conoceremos, como digo, en Dios o directamente en ellos mismos; más perfectamente en Dios. Los conoceremos perfectamente en su exterior y en su interior; conoceremos su esencia y sus propiedades, el modo y el tiempo de su origen y su desarrollo y relaciones con los demás seres. Nada nos será desconocido ni ignorado.

En el cielo veremos y conoceremos de cerca, estando en ellos mismos, los soles y las constelaciones con todas las estrellas grandes y pequeñas. Conoceremos su creación, el modo y el tiempo de su origen, su evolución y propiedades, sus relaciones y dependencias y su final si han de tener término. Ninguno de sus misterios nos será desconocido. Conoceré y estaré en las estrellas de las galaxias más lejanas. Conoceré con exactitud las inmensidades de los astros y de las supergalaxias y de todo el universo. Ya veré si están habitados los astros y trataré con sus habitantes gloriosos —si los hubo—. Lo conoceré sin esfuerzo, sin estudio, sin aparatos y sin cansancio, con el mayor regocijo y alabando y admi-

rando a Dios en sus obras. Las estrellas serán mías y de todos. Me gozaré en ver como producen su brillo y su atracción, las fuerzas centrípetas y centrífugas y sus vertiginosos y acordados desfiles.

Conoceremos qué es la luz y la electricidad y las ondas magnéticas. Veremos que cuanto sabían los astrónomos y los físicos era nada y con muchísimos errores. Todo lo sabré y lo gozaré en Dios y en la compañía y en el contento más íntimo de todos los bienaventurados.

Pero el universo todo material con su inmensa magnitud y con los misterios y maravillas de sus perfecciones, ahora desconocidas en su mayoría, es inferior y de menos admiración que una sola criatura viviente y espiritual. Un solo ángel o una sola alma vale más y es inmensamente más maravillosa que todas las flores, que todas las joyas, que todos los astros juntos. Y aun un solo pensamiento o acto de amor vale más que todo eso, porque el pensamiento es espiritual, y por eso debemos ponerlo únicamente en Dios. Sólo Dios es digno de él.

En el cielo no sólo conoceremos a todos los hombres que han existido o que se salvaron y allí están; conoceremos y trataremos y conviviremos con los hombres y también con los ángeles todos, con los querubines y serafines y con todas las Jerarquías. Todos nos serán conocidos y nos tratarán y conoceremos su numero sin número. Viviremos con ellos y nos relacionaremos íntima y fraternalmente con

todos en Dios, en la esencia infinita de Dios, en la Sabiduría Eterna de Dios, que es el Verbo Eterno, Jesucristo, y en el Gozo Eterno del Espíritu Santo. Si vemos y estamos en Dios y vivimos su misma vida, ¿cómo nos extrañará que tratemos con sus ángeles, que son sus obras más perfectas y predilectas, y que las conozcamos y admiremos? Nuestra vida será feliz y gloriosa como es la suya, porque todos vivimos ya la vida gloriosa del mismo Dios en Dios, participando cada uno según su capacidad, pues recibirá la luz de gloria según la gracia que vivió.